

LA ETA, LA OTAN, DON GROMYKO Y EL JOMEINI

«Tinker», «Taylor», «Soldie», «Spy», eran los nombres en clave de los cuatro agentes del espionaje soviético infiltrados en el Servicio Secreto británico en una de las más famosas novelas de John Le Carré, a caballo entre la realidad y la ficción, como acaba de demostrar el caso Blunt. Con esas cuatro palabras, el autor compuso un título tan aparentemente incoherente —«Calderero, sastre, soldado, espía» sería su traducción literal— como el que encabeza este artículo. En ambos casos ocurre, sin embargo, lo mismo que en aquella película de Jacques Tati, tan impregnada de causticidad y de ternura —«Mi tío», en la que todas las habitaciones de la casa comunicaban con el «living».

Podríamos navegar cómodamente en el ámbito de las relaciones presuntamente casuales y del simple juego de paradojas. Paradoja es que don Gromyko haya dicho en Madrid, vicecapital del experimento eurocomunista, algo tan coránico como que hay un sólo marxismo verdadero y es el que tiene a Lenin por profeta. Paradoja es también que el propio gerontócrata kreminita explicara, con la misma impassibilidad metálica con que minutos antes había elogiado los lienzos de Goya, que no hacía comentarios sobre la crisis del Irán, de acuerdo con el principio de no interferencia en los asuntos ajenos: al margen de que la flagrante violación del derecho internacional que supone la toma de rehenes tras el asalto a una sede diplomática universaliza el tema, invocar ese principio cuando se acaba de aplicar una intensa presión para evitar la entrada de España en la Alianza Atlántica, no pasa de ser un burdo sarcasmo. Y paradoja hay —cómo no— en la última hazaña de Carrillo, sugiriendo implicaciones entre la ETA y la CIA en un momento en el que la presencia en España de don Gromyko traía a colación las sospechas que vinculan a nuestros terroristas con otros servicios secretos, no precisamente norteamericanos.

Pero es necesario profundizar más allá de los aspectos superficiales del argumento. Y es preciso hacerlo porque al cabo de unas jornadas que han conmocionado al mundo y cuando la reacción de nuestro Gobierno se ha reducido a una incolora, inodora e insípida nota de repulsa por el asalto a la Embajada USA en Teherán, la visita de Gromyko y los elementos anejos en el título de este artículo han situado a España en una posición secundaria, pero central, del teatro de la crisis.

Cuando soplan vientos de xenofobia sobre el solar ibérico puede resultar incómoda la idea de nuestra absoluta subordinación a la dinámica que dialécticamente generan las dos grandes potencias que controlan el mundo. Ignorar este principio sería, sin embargo, engañarse. La estabilidad de la democracia española —como la de la teocracia jomeinista— no es sino una de las múltiples piezas de ajedrez puesta sobre el tablero de la partida que enfrenta a los dos bloques.

¿Qué harán en el futuro próximo ambos contendientes? Los Estados Unidos, tras el desarme moral que supuso el des-

dichado desenlace de la guerra de Vietnam, comienzan a tomar conciencia de su vulnerabilidad y ello va a desembocar en un replanteamiento global de su presencia en el mundo. En este contexto se percibe la gran tentación de desplazar el énfasis del esfuerzo político, económico y militar de la nación norteamericana desde el entorno atlántico al ámbito del océano Pacífico. En la decisión final jugará un papel determinante la propia voluntad europea de contribuir o no a su autodefensa. Si la Europa occidental opta por «finlandizarse» es posible que Washington la abandone a su destino y renuncie a salvarla contra su voluntad.

Por lo que se refiere a los rusos, en Moscú se detecta desde hace meses el desasosiego que antecede a todo hecho sucesorio. En la pugna que se avecina enconada habrá, como de costumbre, halcones y palomas. Nada tendría de extraño que en la disyuntiva entre dar mantequilla o dar cañones terminara prevaleciendo, por más operativa, esta segunda tesis y estuviéramos en puertas de una fase de aún mayor expansionismo soviético.

Las primeras escaramuzas de lo que puede ser un dramático pulso global con amplias posibilidades de derivar en guerra están ya en las primeras páginas de los periódicos. Un miembro de Publius glosaba en un reciente artículo la ya famosa frase de James Schlesinger: «Si... Jomeini estará loco, pero no se la ha ocurrido acercarse por la Embajada soviética.»

En medio de este inquietante contorno la postura española resulta de una ingenuidad palmaria. Tanto por parte de la oposición, cuyo neutralismo vetado de irrisaciones tercermundistas puede llevarles a ganar un lugar en el limbo, como del Gobierno, dilapidador de un tiempo precioso mientras deshoja la margarita de la incorporación a la OTAN. Unos y otros confiando en un tratado bilateral con los Estados Unidos cuya renovación ventajosa resultará mucho más problemática de lo que suponen.

El propio presidente Suárez ha explicado en más de una ocasión que la incorporación de España al sistema defensivo occidental a través de sus órganos instituidos, es decir, el Consejo Atlántico y la OTAN, requiere de la previa estabilidad de la democracia. Mucho nos tememos que mientras esa sea la posición del Gobierno, la inestabilidad será poco menos que un factor garantizado. El miedo a que la decisión de ingresar en la OTAN recrudesciese la virulencia de las acciones de ETA se ha convertido de hecho en importante motor de un terrorismo permanente convertido en elemento disuasorio. Allí donde hay un individuo acobardado, débil y pusilánime aparece siempre un chantajista. Y nuestro mayor problema —el mayor problema de los españoles que creemos en la libertad y luchamos por la libertad— es que al cabo de cuarenta años en los que tantos abusos se han cometido, teniendo por coartada el fantasma del comunismo, coremos ahora el peligro de pensar que el movimiento comunista es sólo un fantasma incorpóreo.—PUBLIUS.